

de vuestras manos, cojed con la otra, la mano del Padre celestial, volviendoos á El de cuando en cuando, para observar si le agradan vuestras ocupaciones. Guardaos sobre todas las cosas, de dejar su mano y su protección, pensando juntar ó recoger más; porque si El os abandona no hareis otra cosa que dar de cara contra el suelo.

*

Apresuraos despacio.—El que emprende dos obras á la vez, no tiene éxito en ninguna.—Querer hacer muchas cosas al mismo tiempo, es querer ensartar muchas agujas á la vez.

*

Frecuentemente no se obra el bien, por quererlo hacer de una vez muy bien.

50.--Las imperfecciones.

No nos turbemos por nuestras imperfecciones, pues nuestra perfección consiste en combatirlas, y no podríamos combatirlas sin verlas, ni vencerlas sin encontrarlas; nuestra victoria no consiste en no sentir las, sino en no consentirlas.—Mas el sentirse

incómodo por ellas, no es consentirlas; para el ejercicio de nuestra humildad, es preciso que algunas veces salgamos heridos en esa batalla espiritual; sin embargo, jamás somos vencidos, sino cuando hemos perdido ó la vida ó el valor.

*

No nos inquietemos por vernos siempre novicios en el ejercicio de las virtudes, pues en el monasterio de la vida devota, cada uno se estima siempre novicio, y toda la vida está allí destinado á la probación; no habiendo señal más evidente de ser, no solo novicio, sino aun digno de reprobación y de expulsión, que el pensar y reputarse como profeso. Así, según las reglas de ese orden, no es la solemnidad, sino el cumplimiento de los votos, lo que hace á los novicios, profesos; y en consecuencia, los votos no quedan cumplidos, en tanto que aun hay algo que hacer para su observancia: así pues, la obligación de servir á Dios y progresar en su amor, dura siempre hasta la muerte.

*

Bien quisiéramos estar sin imperfecciones; pero es preciso tener paciencia, por pertenecer á la naturaleza humana y no á la naturaleza angélica. Nuestras imperfecciones no deben agradarnos; pero tampoco admirarnos ni quitarnos el valor. Al con-

trario, debemos sacar de ellas la sumisión, la humildad y la desconfianza de nosotros mismos; pero no el desaliento, ni la aflicción del corazón, ni mucho menos la desconfianza del amor de Dios hacia nosotros; pues aunque Dios no ama nuestras imperfecciones, ni nuestros pecados veniales, si nos ama á nosotros, no obstante esos pecados. Así como la enfermedad y la debilidad de un niño, desagrada á su madre, sin que por esto ella deje de amarlo, sino antes bien, lo ama tiernamente y con compasión; así también, aunque Dios no ama nuestras imperfecciones y nuestros pecados veniales, no deja por eso de amarnos tiernamente.

Sabed que la virtud de la paciencia es la que nos asegura más la perfección, y si es necesario tenerla con los demás, es preciso también tenerla con nosotros mismos.—Es preciso sufrir nuestra propia imperfección. Digo sufrirla con paciencia, mas no amarla ni acariciarla. La humildad se alimenta con este sufrimiento.

*

Nuestra imperfección debe acompañarnos hasta el sepulcro; pues no podemos caminar sin tocar la tierra. No debemos ciertamente acostarnos ni revolcarnos en ella; pero tampoco debemos pensar en volar; porque somos tan pequeños, que aun no tenemos alas.

*

Nosotros mismos morimos poco á poco; así debemos hacer morir con nosotros nuestras imperfecciones, de día en día. Queridas imperfecciones! que nos hacen reconocer nuestra miseria, nos ejercitan en la humildad, en el desprecio de nosotros mismos, en la paciencia y en la diligencia!

¡Dichosos nosotros, si logramos despojarnos de nuestras imperfecciones, un pequeño cuarto de hora antes de nuestra muerte!

51--Los deseos inútiles.

Todos saben que es menester guardarse del deseo de las cosas viciosas, porque el deseo del mal, vuelve malos. Mas yo digo todavía más; no deseéis las cosas que son peligrosas para el alma, porque hay mucho riesgo de vanidad y de engaño en tales cosas.

*

Si estando enfermo, yo deseo visitar á los demás enfermos y practicar los ejercicios de los que están sanos, ¿no son vanos

esos deseos, supuesto que en aquel tiempo no está en mi poder realizarlos? Y entretanto, esos deseos inútiles ocupan el lugar de otros que yo debiera tener; ser muy paciente, muy resignado, muy mortificado, muy obediente y muy dulce en mis sufrimientos, es lo que Dios quiere que yo practique por entónces.

*

Una persona colocada en alguna obligación ó vocación, no debe entretenerse en desea. otra suerte de vida que aquella que conviene á su deber, ni ejercicios incompatibles con su condición presente; pues eso disipa el corazón y lo debilita en sus ejercicios necesarios.

*

No deseéis las cruces, sino á medida que hayais soportado bien las que se os hubieren presentado; pues es un abuso desear el martirio y no tener valor para sufrir una injuria.

*

No deseéis las tentaciones, pues ello sería temeridad; pero emplead vuestro corazón en aguardarlas valerosamente, y en defenderos cuando se presenten.

*

No lleneis vuestra alma de muchos de-

seos mundanos, porque ellos os echarian á perder todo; ni tampoco de muchos deseos espirituales, porque ellos os estorbarian.

*

Para caminar bien, es necesario aplicarnos á andar bien el camino que tenemos más cerca de nosotros y hacer la primera jornada; mas no distraernos en desear hacer la última, cuando se necesita hacer y concluir la primera.

*

A nosotros toca cultivar bien nuestras almas y dedicarnos á ello fielmente; pues en cuanto á la abundancia de la cosecha, dejemos ese cuidado á Nuestro Señor.

*

No deseéis no ser lo que sois, y estad contento con ser lo que sois.—Ocupad vuestros pensamientos en perfeccionaros en eso, y en llevar las cruces pequeñas ó grandes que allí encontreis. Creedme: esta es la gran palabra y la menos entendida en la vida espiritual: cada uno ama según su gusto, y pocos aman según su deber y según el gusto de Nuestro Señor.—¿De qué sirve fabricar castillos en España, si tenemos que habitar en Francia?

—

52.--Las Gaidas.

No tenemos en este mundo, vino sin asientos. Reflexionemos esto: ¿será mejor que en nuestro jardín haya espinas, para tener rosas, ó que no haya rosas, por tener espinas?

*

Cuando nos acontezca caer, por los repentinos ímpetus del amor propio ó de nuestras pasiones, prosternémonos delante de Dios tan luego como podamos, y digamos en espíritu de confianza y de humildad: *Señor, misericordia, porque soy débil!* Volvamos á levantarnos en paz y tranquilidad, reanudemus el hilo de nuestro amor, y luego continuemos nuestra obra. No es necesario ni romper las cuerdas ni abandonar la lira, cuando se observa su desafinamiento. Debe aplicarse el oído para examinar de dónde viene el desconcierto, y estirar ó aflojar dulcemente la cuerda, según el arte lo requiera.

*

Salomón dice que es un animal muy insolente la criada que derrepente se hace ama. Habría gran riesgo de que el alma que por largo tiempo ha servido á sus propias pa-

siones y afectos, se hiciera orgullosa y vana, si derrepente se convirtiera perfectamente en Señora. Preciso es poco á poco, y paso á paso, ir adquiriendo ese dominio, por cuya conquista los santos y santas han empleado muchas decenas de años.

*

Cuando caigamos en defectos, examinemos al punto nuestro corazón, y preguntémosle si tiene viva la resolución de servir á Dios. Yo espero que contestará que sí, y que antes sufriría mil muertes, que apartarse de esa resolución. Preguntémosle en seguida: ¿por qué, pues, has tropezado ahora? por qué eres tan cobarde? El responderá: he sido sorprendido no sé cómo.....Ay! preciso es perdonarle; nõ es por infidelidad por lo que ha faltado, sino por fragilidad.

*

Preciso es, pues, corregir á nuestro corazón dulce y tranquilamente, y no excitarlo ni turbarlo más. Pues bien, debemos decirle: corazón mio, amigo mio, en el nombre de Dios tén valor; caminemos, estemos vigilantes, elevémonos á nuestro socorro y á nuestro Dios.—Ah! seamos caritativos con nuestra alma, no la regañemos cuando veamos que no ofende á Dios de hecho pensado.

Si Dios os deja tropezar, eso será para

haceros conocer que si El no os tuviera, caeriais completamente, y á fin de que os cojais más fuertemente de su mano.

*

Sed justo, no acuseis á vuestra pobre alma, sino despues de madura consideración, temiendo que si la excusais sin fundamento, podrá hacerse insolente; y si la acusais con ligereza, podrá volverse pusilánime, pues le abatis el ánimo.

Cierto es que debemos tener para nosotros mismos un corazón de juez; pero el juez se pone en peligro de cometer injusticias, cuando precipita sus sentencias, ó cuando las dicta turbado por la pasión.

*

Haced como los niños: mientras se sienten llevados por su madre en el andador, van atrevidamente y corren en torno suyo, y no se sorprenden por los pequeños tropezones que la debilidad de sus pies les hace dar. Así, mientras veais que Dios os tiene por la buena voluntad y resolución que os ha dado de servirle, id atrevidamente y no os sorprendais de las pequeñas sacudidas que experimentaréis. Tampoco os apesadumbreis por ello, con tal que de cuando en cuando os arrojéis en los brazos del Señor, y le beseis con el ósculo de caridad.

*

Proceded alegremente y con corazón franco, en tanto cuanto podais; y si no procedeis siempre con alegría, nunca dejeis de hacerlo con valor y con confianza.

53.—EL PECADO.

Ninguna otra cosa, mas que el pecado puede separarnos de Dios.

Por el pecado, se pierde la gracia de Dios, se deja la parte de gloria que nos toca, se aceptan las penas eternas del infierno, y se renuncia á la visión y al amor eterno de Dios.

*

¿Cómo podrá concebirse que habiendo gustado el alma una tan gran dulzura, cual es el amor divino, pueda voluntariamente beber las amargas aguas del pecado? Si los niños pequeños, acostumbrados á alimentarse con leche y miel, aborrecen el amargo sabor del ajeno y del acíbar, y si se les obliga á tomarlos, lloran hasta perder el sentido; ¿cómo puede el alma, cuando está unida con el Criador, apartarse de la bon-

dad divina, para correr tras la vanidad de las criaturas?

El amor propio, hallando á nuestra fé falta de vigilancia, y como dormida, nos presenta algunos bienes vanos, pero cuya aparición seduce nuestros sentidos, nuestra imaginación y demás facultades de nuestra alma, y de tal modo inclina nuestro albedrío, que lo lleva hasta una completa rebelión contra el santo amor de Dios. Entonces, cual otro rey David, sale de nuestro corazón con todo su acompañamiento, es decir, con los dones del Espíritu Santo y demás virtudes que son compañeras inseparables de la caridad, ó propiedades y resultados de ella, y no quedan en la Jerusalem de nuestra alma, más virtudes que el Vidente Sadoe, es decir, el don de la fé, con que podemos ver las cosas eternas, y el don de la esperanza, representado por Abiatar. Ambos permanecen muy afligidos y tristes, pero manteniendo siempre en nuestras almas el Arca de la alianza, esto es, la calidad y título de cristianos, que adquirimos en el Bautismo.

*

La depravación de la voluntad, dice San Agustín, que no procede de otra cosa sino de la flaqueza de quien comete el pecado. Por tanto, es vano empeño el querer dar la

razón al pecado; pues si tuviera alguna razón, dejaría de ser pecado.

*

¿Será posible que una alma bien nacida, quiera no solamente desagradar á Dios, sino amar el desagradarle?

*

Hay algunos que están ligados á la ley con cadenas de fierro, y esos son los que la observan por temor de condenarse. Hay otros que están ligados á ella con cadenas de oro y esos son los que la observan por amor.

*

La contrición y la confesión son tan bellas y de tan buen olor, que borran la fealdad, y disipan la hediondez del pecado.

*

En esta vida, siempre tendremos necesidad de trabajar: la fiesta de la Purificación no tiene octava; es preciso purificarnos todos los días, en tanto que habitemos en este mundo.

D. S. B.



INDICE.

	Páginas.
Aprobación.....	3
Prólogo.....	5
Dedicatoria.....	7
1—La devoción.....	11
2—La oración.....	15
3—Los consuelos espirituales.....	18
4—Las sequedades.....	20
5—La presencia de Dios.....	22
6—La lectura espiritual.....	24
7—Jesús, María y José.....	25
8—Las virtudes en general.....	32
9—La fé.....	33
10—La esperanza.....	36
11—La caridad.....	38
12—La voluntad de Dios.....	44
13—El amor del prójimo.....	45
14—Cómo se ha de hablar del prójimo.....	47
15—La tolerancia.....	49
16—El perdon de las injurias.....	51
17—La justicia.....	51
18—La corrección fraterna.....	54
19—Los juicios temerarios.....	56
20—Las conversaciones.....	58
21—La doblez y el fingimiento.....	61
22—La maledicencia.....	63
23—La calumnia.....	65
24—Los pleitos.....	68
25—La amistad.....	70
26—El amor propio.....	71
27—La buena fama.....	72

28—La humildad.....	75
29—La paciencia.....	79
30—Las enfermedades.....	81
31—La dulzura.....	84
32—La obediencia.....	87
33—La limosna y la pobreza ..	89
34—La castidad.....	92
35—La modestia.....	94
36—Los vestidos.....	95
37—La sencillez.....	98
38—La singularidad.....	100
39—La prudencia.....	102
40—La vigilancia.....	105
41—La desconfianza de nosotros mismos	106
42—La confianza en Dios.....	107
43—Las pequeñas virtudes.....	108
44—Los deberes de estado.....	112
45—Las tentaciones.....	115
46—El mundo.....	119
47—La inquietud.....	121
48—La tristeza.....	123
49—El apresuramiento.....	124
50—Las imperfecciones.....	126
51—Los deseos inútiles.....	129
52—Las caídas.....	132
53—El pecado.....	135



